

Sobre la vía irlandesa

JOSÉ MARÍA CALLEJA

Afortunadamente, en el País Vasco no se practica la vía irlandesa. Afortunadamente... para los criminales, que actúan de forma unidireccional y sin sufrir en sus carnes la misma y letal medicina que casi siempre impunemente administran desde hace treinta años. Si se practicara la vía irlandesa, el mismo día en que el grupo terrorista que ustedes saben que asesinó, por ejemplo, al primer político demócrata, un político de HB hubiera sido también asesinado; el mismo día que se dio muerte a un jubilado subteniente de la guardia civil, alguno de los que jalean impunemente la violencia hubiera perdido la vida, el mismo día, en fin, que se asesinó a Miguel Ángel Blanco,

¿a cuántos hubiera asesinado una supuesta e inexistente organización armada defensora de las víctimas? ¿Cuál hubiese sido la respuesta a la tortura-secuestro de José Antonio Ortega Lara durante 537 días? Pero esto no es posible, aquí no seguimos la vía irlandesa.

Este *pequeño detalle*, sólo unos matan, al que los frívolos en plantilla apenas dan relevancia, es decisivo a los ojos de cualquiera que sepa un poco de qué va el drama que en la actualidad desangra, de forma unidireccional, el País Vasco. Es clave, desde luego, para las víctimas realmente existentes y también para las potenciales. En Euskadi sólo matan unos, en Euskadi mata el terrorismo nacionalista y las

víctimas —asesinadas, en su gran mayoría, por no ser nacionalistas— aguardan ordenadamente a que les toque su macabro turno sin poner en pie una violencia de respuesta semejante, rumiando en silencio el dolor de la muerte, muchas veces soportando olvido y falta de ayudas, pero sin tomarse la justicia por su mano, justo lo contrario de lo que ocurre, desde hace años, en el Ulster. En Euskadi los que asesinan tienen la absoluta seguridad de que no van a ser asesinados por sus víctimas y quizá por ello se toman con tanto entusiasmo el reiterado ejercicio de apretar el gatillo; en la Comunidad Autónoma vasca y en la Comunidad Foral Navarra son muchos los que viven al socaire de los crímenes y están entrenados en la explicación de la muerte ajena, siempre ajena, con frases de dos pesetas del tipo “ya le habíamos avisado cuatro veces”, como dijo un tal Lakasta, concejal de HB en el Ayuntamiento de Pamplona, tras el crimen de Tomás Caballero, jubilado, concejal y padre de cinco hijos.

Este es el dato clave que separa el proceso irlandés del vasco. Nos quedamos sin saber cómo evolucionaría nuestro drama si, además de apilar cadáveres en una dirección, hubiese también muertos por la otra parte. Por eso resulta de una irresponsabilidad, trufada en unos casos, de ignorancia y, en otros, de afán chapucero, proponer una mimesis en el País Vasco del proceso irlandés.

Pero no es sólo el hecho de que haya víctimas de un solo lado la única diferencia: hay otras muchas y de gran calado que demuestran hasta qué punto la violencia en el País Vasco no está basada tanto en problemas reales como sí en una especie de ensoñación, de lavado de cerebro, de comportamientos y actitudes propias de una secta, factores todos ellos que hacen extraordinariamente difícil la solución del problema.

Pobres contra ricos

Aquí no hay una lucha de ciudadanos pobres, amalgamados por su religión y levantados en armas contra el invasor que impuso una partición de la isla por la fuerza de las armas y pertrechado con otra religión. Aquí no hay dos comunidades enfrentadas a muerte, con sus respectivas organizaciones terroristas que actúan lubricadas por automatismos de acción-reacción ante cada nueva muerte, aquí no hay una segregación física, de barrios íntegramente formados por víctimas. El criminal aprendiz del grupo terrorista vasco que me niego a nombrar, cuando pone una bomba en una calle de Rentería es muy posible que asesine a algún votante de HB que vive en la misma vivienda que los votantes del PNV, de EA, del PSE-PSOE, del PP o de IU. En un mismo bloque de viviendas, afortunadamente, se pueden encontrar votantes de todos los partidos. No ocurre como en Irlanda, donde hay barrios separados por muros, guetos que aseguran la recluta incesante de nuevos terroristas de ambos lados, compartimentos estancos donde se enseorea el odio contra *los otros*, donde uno sabe que si pone una bomba es casi seguro que va a matar sólo a protestantes, que verán reforzadas así sus posiciones y sus odios, y si rocía con balas un pub en el que toman copas los católicos, sabe que matará sólo a católicos, que reforzarán, de forma idéntica, sus convicciones y sus odios.

Todo esto no ocurre en el caso vasco donde existe una policía propia, la Ertzaintza, formada por 7.200 agentes con competencias prácticamente completas y siempre al mando de un consejero de Interior nacionalista desde su creación, y que desde luego nada tiene que ver con la policía británica, formada exclusivamente por protestantes que apoyan que el norte de la isla siga siendo de dominio británico.

Ni que decir tiene que el volumen de transferencias de que hoy gozamos en Euskadi resulta por ahora inalcanzable para los irlandeses del norte —y para la gran mayoría de las regiones europeas, por cierto—, que el modelo de autogobierno, el poder autonómico en cuanto a recaudación de impuestos, orden público, sanidad, educación, cultura y un larguísimo etcétera hace que ni de lejos la mejor de las situaciones posibles se pueda comparar con el sistema político vasco en el que lo que son planes máximos de alguna de las organizaciones políticas que apoyan a los terroristas en Irlanda del Norte, forman parte del paisaje cotidiano en la vida de los vascos desde hace años. No digamos ya en el asunto de la lengua. El euskera cuenta con el mayor número de hablantes de su historia y con una ingente cantidad de dinero que cada año se inyecta en los presupuestos de la Comunidad autónoma vasca y que, entre otras muchas cosas, permiten no sólo aprender el euskera sino utilizarlo por parte de algunos como un elemento de segregación respecto de los no hablantes.

En qué coinciden entonces el proceso irlandés y el vasco, o, si se quiere plantear de otra forma, qué podemos aprender aquí de lo que ocurre allí tras el acuerdo de Stormont del pasado diez de abril. Pues algo que va destinado a quien tiene en sus manos la capacidad de crear muerte y dolor, pero también de abrir vías de esperanza: Dejar de matar, la experiencia irlandesa demuestra que el esperanzador proceso de paz es posible porque quienes matan dejan de hacerlo y, a partir de ahí, empiezan a encajar todas las piezas del puzzle. Pero la primera pieza que hace que encaje todo lo demás es algo tan sencillo y complejo a la vez como que los que matan dejen de hacerlo. Al dejar de correr la sangre el decorado cambia radicalmente, todos nos esponjamos y la sensación de que asuntos que antes parecían imposibles

empiezan a ventilarse con fluidez se instala en todos. Una vez abierto el proceso de paz los compromisos asumidos por cada uno hacen que el proceso resulte prácticamente irreversible.

Curiosamente los que no se apean del modelo irlandés y lo tienen todo el día en la boca se muestran especialmente reacios a *aprender* de este concreto aspecto, creen que ellos, los que matan, como gran hermano que todo lo ve, situado por encima del bien y del mal, pueden seguir matando sin que ello obstaculice la apertura de no se qué procesos, quieren que el resto del mundo se mueva, cambie de posición, arriesgue los consensos arduamente conseguidos entre los demócratas, modifique sus programas con tal de acercarse a ellos, instalados en la verdad y, por tanto inamovibles. Pero lo cierto es que en Euskadi los cambios decisivos en el clima político se han conseguido cuando el grupo terrorista ha dejado de matar. Para esta postura no se necesita ninguna encuesta ni consulta en las urnas, es, sin duda, la reclamación más deseada por la casi totalidad de la población.

Así pues, tanto la experiencia propia como la ajena demuestran que el elemento clave cuando alguien mata es que deje de hacerlo (qué cansado es repetir lo obvio), porque desde luego plantear los mismos contenidos que se recogen en el acuerdo firmado para Irlanda del Norte es imposible, como ya hemos explicado. Los que matan dejan de matar y los demócratas estudiamos qué se puede hacer con los presos de la organización terrorista, aún a sabiendas de que su eventual excarcelación levantará ampollas entre las víctimas. Paz por presos, esta podría ser la fórmula vasca hacia la paz.

¿Qué se hace con todo lo demás?, pues el que de verdad diga que la independencia del país vasco respecto del resto de España es su

objetivo, que lo ponga, clarito, en su programa electoral, y, en función de los votos que pueda obtener, si es mayoría, que plantee otras posibles vías. Cada partido debe asumir el coste político de sus aspiraciones y no esconderse respecto a sus objetivos finales, si el PNV, EA y HB, quieren la independencia que la planteen en sus programas electorales y, en función de los resultados, si logran ganar, nadie va a negarles la posibilidad de llevar a la práctica esa postura; ahora bien, si pierden nadie podrá negar que los partidos contrarios a la independencia puedan administrar su victoria. Pero para todo ello, antes hay que dejar de matar, mejor hoy que mañana.